



Le Figaro

Traducción y nota Gabriel Humberto García Ayala

Nota. Como no me he cansado de señalarlo en otros ámbitos, aunque solo he leído un libro de Leila Slimani, se ha convertido en una de mis nuevas heroínas literarias. El volumen al que me refiero se llama *En el jardín del ogro*. En esta obra aborda la adicción sexual femenina. Lo hace de una manera fina, elegante, sin morbo alguno. Penetra en los pensamientos más íntimos del personaje principal, Adèle, y de sus constantes e insaciables deseos de conquistar, de gustar, de sentirse poseída. A pesar de que parece llevar una vida perfecta, con un marido comprensivo, un hijo de tres años y un departamento en una de las zonas más elegantes de París, Adèle tiene un cuerpo esclavo de sus pulsiones, que la conducen a enfrentarse terribles consecuencias.

Nuevas heroínas. La novelista, Premio Goncourt 2016 con *Canción dulce*, el primer volumen de una trilogía dedicada a la historia reciente de Marruecos, el país donde nació. Una inmersión íntima, recién coronada con nuestro Gran Premio de Heroína.

Madame Figaro: ¿Cómo se te ocurrió la idea de esta novela?

Leila Slimani: Después del Goncourt, me encontré en un torbellino de solicitudes. En los raros momentos que tenía para mí, eran las historias que me contaban mi abuela y mis tías las que seguían volviendo a mí. Quería ser más ambiciosa y salir de mi zona de confort para mostrar otro lado, con más gentileza y amor por los seres humanos. Evidentemente, me devolvió a mi país y a los paisajes de mi infancia. También creo que estamos viviendo un momento muy difícil, y quizás estaba un poco cansada del presente, de nuestra sociedad, de los interminables debates. Quería alejarme de todo.

¿Cuál es la parte idealizada de su historia familiar?

La trama sigue la historia de mi abuela, que era alsaciana, se casó con un soldado del ejército colonial, se instaló en una granja y abrió un dispensario. Todo lo demás, lo inventé, porque simplemente no sé qué había en su corazón, qué estaba pensando, no sabía su relación íntima con mi abuelo. El personaje de Aisha, su hija, está algo inspirado en mi madre, que estaba en una escuela de niñeras. Pero entonces, el placer de la ficción, de imaginar, de crear atmósferas, es tan grande que nos dejamos llevar. Y quería escenas fuertes con momentos conmovedores, donde solo pudiera confiar en la imaginación.

¿Qué dicen todos esos personajes femeninos sobre su abuela?

Con la de Aisha quería tener la perspectiva de un niño asustado. Mi mamá solía decirme: "¡Date cuenta de que no teníamos electricidad! Lo negro que conocí en mi infancia, nunca lo conociste". Para un niño, un mundo donde no hay luz es aterrador. Quería contar el punto de vista de una niña que se da cuenta de que sus padres pertenecen a un bando opuesto, que ama a un dios al que no tiene derecho a decir que lo ama, eso era muy importante para mí. Y luego, por supuesto, el personaje infinitamente romántico de Mathilde, esta mujer que se embarcó en una aventura en 1945, que se encontró en este país tan folclórico para ella. Después, poco a poco, y esta es la magia de la escritura, surgieron otros personajes. Yo estaba muy apegada a la de Selma, que es la encarnación de una generación casi sacrificada, llegó en la época de la independencia, cuando los nacionalistas decían: "Hay que mandar a las mujeres a la escuela, las necesitamos", pero en realidad no aplicaban estos principios a su propia hermana. Las chicas de la generación de Selma vivían entonces en un punto intermedio, con un discurso que las emancipaba y al mismo tiempo una realidad que las oprimía terriblemente. Para el segundo volumen (1970-1980), Selma tendrá un lugar muy amplio.

¿Cuáles serán los periodos de esta trilogía?

El primer volumen se desarrolla en los años 40 y 50, antes de la independencia. El segundo en los 70 y 80. El tercero está dedicado a los años 2005-2015, con mi generación, para afrontar en lo que nos hemos convertido, nosotros, los hijos de esas personas. Necesitaba una trilogía para contar sobre Marruecos, un país donde se han mezclado muchas nacionalidades. Había franceses, españoles, italianos, rusos, húngaros, refugiados ... Hoy miramos estos países del Magreb como si fueran países muy simples, que podríamos resumir en el islamismo, dos o tres tradiciones, un folclore ... Pues no, Quería contar la riqueza de nuestra historia durante los últimos cincuenta años, para mostrar que toda nuestra vida no puede explicarse por la religión y que nuestros destinos son más complejos. Quería hacer una especie de genealogía de nuestra historia. Cuando ves la diferencia en cincuenta

años entre la suerte de mi bisabuela (*marroquí, analfabeta, nota del editor*) y la mía, ¡es increíble! El empoderamiento que ha habido, las posibilidades que han surgido ... Esto es lo que quiero contarles también. El último libro será muy conmovedor para mí, porque también es la historia de mi familia, de su lucha por convertirme en la mujer en la que me he convertido.

¿Cómo se teje el hilo entre tu bisabuela y tú, ahora representante personal del Jefe de Estado por la francofonía?

Mucha gente en mi lugar habría dudado en aceptar un cargo como este, especialmente siendo marroquí, proveniente de un antiguo país colonial donde la gente podría decirle: "¿Cómo te atreves a representar a la francofonía?" No lo veo así en absoluto. Odio el hecho de que en Marruecos me insulten o me rechacen porque hablo demasiado francés. Me gustaría decirles a los marroquíes que somos un país de mestizaje, de mestizaje, multilingüe, y que podemos vivirlo como una ventaja. Quiero asumir mis diferentes identidades, no quiero experimentarlas como sufrimiento o disculparme por ello. El Marruecos que amo es complejo, como Francia, con sus defectos, sus cualidades. Entre 1919 y 2019, dio un salto que otros países dieron en tres siglos. A principios del siglo XX, el país vivió hambrunas y epidemias, la agricultura no se desarrolló porque no había máquinas, había problemas de riego... Iba a surgir del feudalismo en el plan de educación y salud pública, para salir de una forma de atraso, para entrar en la modernidad. Y las elites extraordinarias se forman muy rápidamente -mi padre pertenecía a esa generación- diez años antes de la independencia.

¿Por qué este subtítulo, La guerra, la guerra, la guerra?

"La guerra, la guerra, la guerra" es una referencia a Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, cuando esta joven frívola piensa que la guerra se trata de hombres, mientras que ella la sufre como las demás. En mi libro, la guerra está presente todo el tiempo. Primero es la Segunda Guerra Mundial. Toda una generación está traumatizada por este conflicto que les robó su juventud, parte de sus sueños, y que continúa atormentándolos -no fuimos al psiquiatra en ese entonces,

estábamos viviendo nuevamente con nuestras pesadillas. Luego están las guerras de independencia. Finalmente, las últimas guerras son las guerras individuales. Todo el mundo está en guerra. Amin lucha contra la tierra árida, contra los elementos, contra la pobreza. Mathilde está en una especie de guerra con su dispensario, donde intenta tratar a las personas para que sigan existiendo. Y luego están todas estas guerras por la emancipación de los individuos que intentan salir.

Y su otro libro, ¿El país de otros?

Finalmente, todos estos personajes evolucionan en el país de los demás. O en el país de los colonos, o en el de los colonizados. Amin está librando la guerra por Francia y por los países de los demás. Todas las mujeres viven en la tierra de los demás, porque viven en la tierra de los hombres, bajo una ley arbitraria contra la cual no pueden hacer nada. Era esa sensación de que todo el mundo era un extraño en el lugar en el que se encontraba. Y estar siempre obligado a soportar una forma de dominación contra la que poco puede hacer. Después del Goncourt, a menudo recibía comentarios sobre mi nacionalidad, mi historia, mi familia: "Es tan hermosa esta riqueza de culturas, las mezclas ..." Descubrí que era una visión un poco simplista. De ahí la cita, a veces tonta, de Édouard Glissant sobre la condenación del mestizaje. Si bien a menudo se ve como la suma de dos identidades, también se puede experimentar como una ausencia de toda identidad, una resta. Quería tratar de entender de dónde sacaba esa sensación que siempre había tenido, de vivir en el país de los demás. En Francia, no siento que pertenezca totalmente al país; y en Marruecos es lo mismo. Quería preguntarme sobre este sentimiento de exterioridad. No se debe a mí, se debe a mi historia, y tuve que retroceder lo más posible para entender de dónde venía.

Y hoy, ¿lo ha entendido mejor?

Empiezo a comprender la violencia a la que se enfrentaron una pareja como mis abuelos. Empiezo a comprender que hay dos soluciones para protegerse de esta violencia. O te vuelves completamente fundamentalista y obtusa, y culpas a los demás, o, por el contrario,

Leila Slimani: “Todas las mujeres viven en el país de otros, ya que viven en el país

Categoría: 135-Usos Múltiples

Publicado: Martes, 16 Noviembre 2021 19:29

Escrito por Valery de Buchet

te ves obligado a forjarte una gran libertad mental. Creo que eso es lo que hicieron mis padres. Comprendí por qué nunca nos habían empujado a mí y a mis hermanas hacia sentimientos nacionalistas o hacia sentimientos gregarios en general. Sigo viviendo en tierras ajenas, pero ahora me digo a mí mismo que este podría ser el mejor lugar para un escritor.